

ALONSO ÁLVAREZ DE TOLEDO Y MERRY DEL VAL

**NOTAS A PIE DE PÁGINA**  
**Memorias**  
**de un hombre con suerte**

Marcial Pons Historia  
2013

# Índice

	Pág.
Agradecimientos .....	13
1. Presentación .....	15
2. A la sombra del poder.....	29
3. Las perlas japonesas .....	39
4. Bienvenida a Perón .....	45
5. <i>Traduttore, traditore</i> .....	55
6. A ambos lados del Atlántico .....	69
7. De espejos y espejismos .....	81
8. El Comité de la sangre .....	97
9. La condición humana.....	105
10. Las exigencias de la lealtad .....	113
11. Ginebra .....	123
12. La liturgia de la democracia.....	131
13. En la OTAN, por los pelos .....	137
14. A Madrid, sin puesto.....	147
15. La ciudad dividida .....	155
16. Por qué pasó lo que pasó .....	163
17. Con mis propios ojos .....	176
18. Cómo salir de Alemania Oriental después de muerto .....	187
19. ¿Qué es lo que sentían? .....	195
20. Las fichas de la STASI.....	209
21. Tribunal de oposiciones .....	219
22. Protocolo del Estado.....	223
23. El año en que todo salió bien.....	231
24. La casa de Baeza.....	241
25. Veleidades literarias.....	249
26. A modo de estrambote.....	257
Índice onomástico.....	261

# 1

## Presentación

Cuando en la escalera de la vida uno llega al octogésimo peldaño, es comprensible que quiera, mientras recobra el resuello, volver la vista atrás y buscar a alguien con quien compartir vivencias y recuerdos. Ese alguien, lector o lectora, eres tú.

Hace ya muchos años, un escritor a quien traté bastante me dijo que si todos los seres humanos quisieran y fueran capaces de escribir sus memorias, no habría dos autobiografías iguales. Explicaba esto mi amigo por el hecho de que, al tratar de recrear el argumento de nuestra novela individual, acabamos siempre escogiendo aquello que creemos que más nos distingue de los demás. Me temo que, en esa búsqueda y reconstrucción de la propia identidad, al autor de estas páginas pueden fallarle los dos instrumentos esenciales, la memoria y el oficio de escritor. La primera ha ido menguando con los años y del segundo no puedo ufanarme por más que, ya desde joven, me acuciaran frecuentes avenates literarios que se me presentaban con extrañas apariencias, como a San Antonio las tentaciones. La verdad es que, cuando caía en ellas, la inspiración no me duraba mucho. Tal vez, mi destino en la vida haya sido el de que nada de cuanto me propuse resultara muy duradero. Aparte, eso sí, del matrimonio pero de éste no me corresponde sino la mitad del mérito o, probablemente, menos. Seguro que a ella, a la otra mitad, le tocó la parte más difícil. Ella se llama Mónica.

Nací en la Carrera de San Jerónimo de Madrid, en una gran mansión que mi abuelo llegó a compartir con sus hermanos, sus trece hijos, las mujeres de sus hermanos y de sus hijos y hasta con los primeros nietos que empezamos a llegar. Pronto, lo que de ver-

dad llegó fue la guerra, con ella la diáspora y la ruina acumulada se repartió entre muchos.

Uno de los recuerdos más antiguos que conservo es el de lo mucho que yo, durante años, disfruté soñando despierto y dando rienda suelta a la imaginación. Por las noches, mientras me quedaba dormido, imaginaba cabalgar sobre raudos corceles, capaces de saltar obstáculos imposibles. Me creía así, en mi niñez, el mejor de los jinetes, ganador imbatido en carreras y concursos. La cosa tenía su explicación ya que mi padre, oficial de caballería, me permitía, de cuando en cuando, montar algún caballo de su regimiento o de la Academia de Caballería durante los cinco años que vivimos en Valladolid. Eso sí, nunca me dejó montar a *Charmant*, un precioso purasangre castaño oscuro con el que ganaba copas refulgentes que me llenaban de filial admiración al verlas acumularse sobre la librería de nuestro piso. Años más tarde, cuando las encontré en un armario, todas enmohecidas, y supe que no eran de plata, me entristecí.

La verdad es que, durante muchos años, apenas hubo nada de plata en nuestro piso arrendado. Todo había quedado en Madrid cuando, en julio de 1936, fuimos a pasar el verano a Oyarzun. Estalló entonces la guerra y habría de transcurrir mucho tiempo —dos años en Pamplona y luego más en Burgos, Valladolid y Sevilla— antes de que yo pudiera volver a mi ciudad de origen.

Fue la mía una niñez que los azares de la guerra civil hicieron errante y un tanto solitaria, pues mis dos hermanas, varios años mayores que yo, solían estar —o así yo las recuerdo— internas en algún colegio de monjas.

De aquel verano de mis cinco años en Oyarzun, conservo la imagen de un cisne gritón que me amedrentaba con sus graznidos y de una bici negra con tacos de madera en los pedales. También recuerdo colchones en las ventanas, ráfagas de ametralladoras por las noches, cañonazos lejanos, soldados en la plaza y el que pudo haber sido nuestro último día en la tierra. En realidad, lo que ocurrió fue que, a principios de julio y dada la situación política en el País Vasco, nos habíamos refugiado, junto con otras dos familias de militares amigos, en el gran caserón donde pasaba el verano la del general Solchaga. Llegó un día en que el pueblo quedó cercado por las tropas rebeldes y nos llegó la noticia —según me contaron después— de que los milicianos vascos habían decidido que, a la mañana siguiente, pasarían por las armas a cuantos se habían refugiado en aquella casa. Así habría sucedido si no fuera porque,

esa misma mañana, muy temprano, los requetés de la columna del coronel Beorlegui entraron en el pueblo.

Con todo detalle me acuerdo también de cómo, dos días después, en un convoy de mulas, mi madre, mis hermanas y yo cruzamos por los montes la línea del frente hasta llegar a Lesaca de donde seguimos viaje a Pamplona en automóvil.

Mi padre había decidido quedarse en Oyarzun, donde se incorporó al ejército nacional mientras mi madre aceptaba la invitación de los tíos Guendulain, a cuya casa de Pamplona llegamos casi como refugiados. Nunca olvidaré su palacio enorme de la calle Zapatería —hoy convertido en hotel de lujo— en el que yo tenía habitación propia y dormía en una cama que recuerdo pequeña pero que era, para mí, más que suficiente. Cuando me dijeron que había pertenecido a Napoleón y me explicaron quién fue Bonaparte, imaginé que aquel emperador la había dejado olvidada en Pamplona, al verse obligado a regresar apresuradamente a Francia, de donde nunca debió salir.

Los primeros meses en Pamplona, llenos de sobresaltos por la guerra y sus noticias, los viví en pleno antiguo régimen, rodeado de gente magnífica pero acostumbrada a mirar sólo al pasado. En aquel palacio de mis tíos, el tiempo, disfrazado de nostalgia, se resistía a convertirse en presente. Fue allí donde, en cierta ocasión, una sirvienta se acercó respetuosamente a mi madre que, harta ya de tener en brazos al mocoso de mi hermano, se quedó de piedra al escucharle decir:

—Señora marquesa, el señorito tiene el biberón servido en su habitación.

Mi madre dirigió siempre sus preferencias y sus ensoñaciones hacia tiempos pasados, más o menos remotos, sin que nunca dejara de ser, por extraña paradoja, persona optimista y de enorme realismo. La historia y la genealogía llegaban a fascinarla, aunque, pese a su sangre celta y andaluza, tuvo siempre los pies bien puestos en la tierra. Dotada de una visión perspicaz de cosas y personas, nunca ocultó la tristeza que le producía la decadencia de dinastías, familias y pueblos, cosa que ella atribuyó siempre más a la acción de los tontos que a la de los malos. Tuvo también especial capacidad para valorar el paso demoledor del tiempo y sus principales consecuencias, entre ellas la deformación y la pérdida de la memoria histórica, eso de lo que hoy se habla tanto.

Es posible que fuera por ello por lo que, con tesón e insistencia, trató de inculcar en sus hijos los valores de la tradición, la concien-

cia del pasado y los logros de los antepasados. Sin duda para que, como la forma de la caracola permanece en el fósil, su recuerdo subsistiera en nosotros cuando todo lo demás hubiera desaparecido: hazañas, blasones, fortuna, títulos y ritos.

A lo largo de los años, cuando me he preguntado alguna vez por qué conmigo no lo consiguió tanto como probablemente hubiera querido, encuentro la respuesta en mi convicción de que la medida de lo que valemos no nos viene dada por lo que hemos heredado, sino por lo que un día habremos dejado a nuestros hijos y a nosotros sea debido. De quién aprendí esto, lo ignoro.

Quisiera, en todo caso, que estas líneas fueran un homenaje a quien, pese a su gusto por la historia y el pasado, demostró siempre un continuo interés por las noticias de cada día, que analizaba con inteligencia aunque también con cierta dosis de subjetividad. Nacida para mirar los acontecimientos desde arriba y desde cerca, careció de los medios que le hubieran permitido relacionarse con los grandes de este mundo, lo que le hubiera hecho seguir la tradición de su familia, los Merry del Val. Ojalá pronto dé un paso al frente alguien que se proponga relatar la saga de quienes, durante cuatro generaciones, han llevado este apellido. Entre otros, cuatro embajadores de España, un secretario de Estado de la Santa Sede y —arrimando el ascua a mi sardina— también un ingeniero, mi abuelo, que fue enviado a Chile, a finales del siglo XIX, por una compañía inglesa para reemplazar en Santiago los tranvías de mulas por los de tracción eléctrica.

Lo que acabo de escribir me trae a la memoria un instante de mi infancia, esta vez en la casa que ese abuelo materno tuvo en Jerez de la Frontera, donde, por cierto, mi padre estuvo un año destinado a mediados de los cuarenta. Me parece estar oyendo a mi madre cuando me dijo, señalándome uno de esos teléfonos antiguos por los que un anticuario pagaría hoy una fortuna:

—Por ese aparato le dieron a tu abuelo la noticia de que se había arruinado. Yo estaba con él y, cuando me lo dijo, me miró y se quedó como petrificado. Luego desapareció en su despacho sin decir palabra.

Con el tiempo, el tal despacho había sido convertido en alcoba, un lugar en el que yo apenas entré nunca, pues, según aseguraban mis hermanas, allí se había cometido un crimen y el ánima del muerto todavía vagaba entre sus paredes. Debía yo de tener unos trece años y puede que fuera entonces cuando comencé a sentirme atraído por el mundo de los espíritus, la magia y el más allá.

De 1936 a 1939, mi padre pasó toda la guerra destinado en el frente. A veces me he preguntado si aquellas largas ausencias tuyas tuvieron algo que ver con la peculiar relación que después mantuve con él. Con el tiempo, sin embargo, llegué a la conclusión de que fue, sobre todo, la timidez que caracterizó mis primeros años la que contribuyó, más que ninguna otra cosa, a que él y yo apenas llegáramos a conversar en serio sobre tantas cosas de las que me hubiera gustado hablar con él: la vida, el más allá, su pasado, mi futuro, los abuelos... Lo cierto es que sentí siempre por mi padre un enorme cariño y no creo haber conocido a nadie con tanta bondad y con una actitud tan humana hacia los demás. Esa desgraciada incapacidad mía, de la que siempre fui consciente, fue la que hizo que, en una ocasión, me sorprendiera tanto escucharle decir la siguiente frase: «Quiero que sepas que nunca me has dado un disgusto». En aquel momento, tuve la sensación de que decirme aquellas palabras le había costado un gran esfuerzo.

Fue, en todo caso, de él de quien aprendí la lección más importante, la del coraje y la constancia que se necesitan para vivir de acuerdo con las propias convicciones. Que yo la haya sabido poner en práctica, es otro cantar.

Durante la guerra, los sucesivos cambios de residencia, de Pamplona a Burgos y de Burgos a Valladolid, explican que yo no fuera al colegio antes de haber cumplido los nueve años. Hasta entonces estudié siempre en casa con la ayuda de alguna profesora particular. Sin hermanos de mi edad y sin los amigos que uno normalmente selecciona entre los compañeros de clase, me convertí en un ser solitario, atraído especialmente por la lectura. De mis primeros libros recuerdo los de Julio Verne y Emilio Salgari, el Padre Finn, Tihamer Toth, José María Pereda y el Padre Coloma. En lo que a poesía concierne, mis poetas preferidos, de los que llegué a poder recitar largas retahílas de versos, fueron Bécquer, Zorrilla, el duque de Rivas y, en especial, Gabriel y Galán.

Lógicamente, el descubrimiento de la lectura hizo que, en mi imaginación juvenil, al galope de los corceles le sucedieran las fantasías del aspirante a escritor. El espejismo de la poesía fue mi primera tentación, aunque creo que nunca pensé realmente en llegar a convertirme en un vate a tiempo completo. Después de todo, yo no era sino un colegial como cualquier otro, que se enfrentaba al comienzo de su bachillerato, curtido por la ascesis de San Ignacio, el hambre de la posguerra y el frío de los inviernos de Valladolid.

La primera vez que me recuerdo escribiendo versos, tengo la sensación de verme haciéndolos a barullo, con una facilidad de la que yo mismo me sorprendía. Debí de ser en una de esas ocasio-

nes, cuando el maestrillo de turno, tras darnos una explicación sobre métrica, rimas y estrofas, pidió que cada uno aportáramos una redondilla. Compuse varias, destruí algunas y repartí las que pude entre los compañeros menos favorecidos por las musas. El problema se planteó cuando el profesor advirtió que más de un alumno —yo incluido— había presentado la misma.

Reconozco que siempre fui un desordenado, incluso en la generosidad. Ello no obstante y aunque otros quieran hoy reivindicarla, aquella cuarteta era mía y decía así:

«En la huerta de Vicente  
hay una tremenda noria  
que riega la zanahoria  
y moja a toda la gente».

Era lógico que hubiera otros que quisieran apropiársela ya que, según pensaba yo para mis adentros en aquellas frías tardes del invierno castellano, pocas veces en la historia de la literatura se había escrito nada tan sublime y tan bien rimado.

Debió de ser en el curso siguiente cuando obtuve un *accesit* en un certamen de poesía. La verdad es que, aunque siempre tuve cierta facilidad innata para el ripio fácil, llegaron momentos en que me sentí atraído por la, para mí, inasequible trascendencia poética. A su búsqueda acabé dedicando muchas horas.

Al escribir esto, me vienen a la memoria unos versos que entonces aprendí y que aún recuerdo. Un poema que, ya a tan corta edad, me llevó a dar muchas vueltas a los temas de Dios, la creación, la eternidad y el tiempo. Por cierto, el protagonista de una novela que publiqué no hace mucho *El octavo día* era, precisamente, el tiempo, el paso del tiempo. Aquel poema decía así:

«El rayo nuevo de esa estrella vieja  
para mí fue creado.  
Por desiertos de luz, siglos y siglos, caminó sin descanso  
hasta posarse en mi abatida frente.  
Gracias, Señor, de mí te has acordado  
en mi noche más triste.  
Gracias por ese beso de tus labios».

Y yo lo repetía y lo repetía y me preguntaba si, cuando el rayo salió de la estrella, Dios ya sabía que, millones de años después, yo



iba a estar en Valladolid, en el momento y lugar exactos para que, cuando el rayo llegase, se posara en mi abatida frente, o si, por el contrario, yo —el recitador de esos versos— o, en su caso, el propio poeta que los compuso, habíamos obligado, de alguna manera, a Dios —que desde siempre supo que alguien iba a escribir o a recitar esos versos tan sentidos— a crear, en el momento oportuno, la estrella que enviara su rayo con la antelación suficiente para que el poeta y yo pudiéramos darle sentido a aquel poema.

Tras cinco años con los jesuitas de Valladolid, terminé el bachillerato con los de Sevilla, en cuya universidad me licencié en Derecho.

Breve será la referencia que haga a mi etapa universitaria pues he de reconocer que sus cinco años no constituyeron la etapa más gloriosa de mi vida. A diferencia de lo que me sucedió durante los del bachillerato, en la universidad no encontré estímulo alguno que me empujara a esforzarme y a lograr las mejores calificaciones.

En aquellos años cuarenta y cincuenta, el mundo universitario de Sevilla era lugar poco estimulante. Por lo pronto, tanto el claustro como el alumnado eran casi exclusivamente masculinos. Creo que nuestra promoción fue la primera que contó con una representación femenina, apenas dos alumnas frente a los cerca de doscientos varones. Por otra parte, los profesores más eminentes —Carande, Pelsmaëker y Giménez Fernández, entre otros— apenas se molestaban en ocultar el malestar que les producía el ambiente de «libertad vigilada» que reinaba en una universidad en la que era totalmente impensable cualquier actividad de crítica a la situación del momento en el país. Lo curioso —o tal vez, lo triste— es que para mí, lo mismo que para la mayoría de mis compañeros de curso, desconocedores de otras alternativas, aquella atonía política nos resultaba algo totalmente normal.

Ocasionalmente, sin embargo, nuestras inquietudes juveniles necesitaban expresarse de alguna forma crítica y, aunque sin saberse cómo ni por qué, pues no existían organizaciones sindicales ni subversivas conocidas, salíamos a manifestarnos por las calles, repitiendo a gritos alguna palabra o eslogan de actualidad. En ocasiones, hasta deteníamos el tranvía que amenazaba con interrumpir nuestra marcha, tirando de la cuerda que colgaba de lo alto del trole. Cuando finalmente los policías se dejaban ver y se desplegaban alrededor nuestro, aparentemente dispuestos a detenernos, las cuatro o seis docenas de manifestantes que éramos comenzábamos a gritar el consabido «Franco, Franco, Franco» que acompañaba siempre a

los desfiles del régimen. Esto producía en las fuerzas del orden un inesperado desconcierto. Pronto, los agentes de la autoridad habían desaparecido y también los manifestantes, incapaces como éramos de llegar más lejos en nuestras muestras de descontento político.

Debió de ser por esa época cuando me dio por la pintura, y hasta llegó un momento en que creí que podría alcanzar alguna meta digna del esfuerzo. Acabé reuniendo algunos óleos que quienes venían por casa elogiaban amablemente, lo que me permitió hacerme algunas ilusiones. De cuando en cuando, volví a probar fortuna hasta el día en que, discutiendo del tema con mi hijo Pablo —licenciado en Bellas Artes por Cooper Union y *master* en pintura por la Universidad de Yale— llegué a comprender el nivel de creatividad que se exige del verdadero artista, cosa que a mí, obviamente, me faltaba. En ese momento resolví abandonar definitivamente los pinceles.

El teatro fue otra de mis quimeras y hubo épocas en que llegó casi a obsesionarme. La cosa comenzó también en Sevilla, durante los años de universidad, cuando quienes integrábamos el grupo teatral de «Los Luises», escribíamos las obras, pintábamos los decorados, vendíamos las entradas y representábamos los papeles. Reconozco que, a partir de entonces, aproveché cualquier oportunidad para subirme a un escenario. No puede explicarse de otro modo la osadía con que, muchos años después, me ofrecí a representar, durante mi destino en Ginebra a fines de los setenta, el papel de Hardouin, el protagonista de *Est-il bon? Est-il méchant?*, una deliciosa aunque casi desconocida comedia de Diderot que presentó, ante la sociedad ginebrina, *La Troupe des Ormeaux*. Éste era el nombre de un grupo de aficionados de las más diversas nacionalidades que, durante varios años, actuó en la residencia —y bajo la batuta— del embajador francés Stéphane Hessel. El mismo Hessel que, en los últimos meses, conmocionó a tanta gente con su folleto *Indignez-vous*, una insólita llamada a la acción de todos ante la creciente desigualdad entre ricos y pobres en el mundo y la intolerable violación de los derechos humanos, especialmente en Palestina.

No hace mucho tiempo, tuve ocasión de leer las memorias de Hessel que éste tituló *Dance avec le siècle*. En ellas, el autor recuerda mi participación en la *Troupe des Ormeaux*. Lo cierto es que lo hace con más fantasía que fidelidad a la verdad y muestra un nivel de imaginación muy superior al que hubiera requerido para relatar fielmente lo que sucedió de hecho, algo, después de todo, bastante normal y anodino.

Años después y siempre fiel a la farándula, fui también el compadre de *El viejo celoso* de Cervantes, y el Felipe II de *El Alcalde de Zalamea* de Calderón, en las versiones que presentó el Teatro Español de Luxemburgo durante el tiempo en que fui allí embajador. Era una compañía de aficionados que ayudé a formar, a la sombra de la embajada, de la mano de ese gran apasionado del teatro que es Póllux Hernández.

De regreso a Madrid, ya jubilado, tampoco supe negarme a colaborar en las obras que montaba en su casa Pilar Ruiz de Alda. Me temo que he olvidado el título de una en concreto, una comedia extraordinaria, escrita por la propia Pilar, en la que Sonsoles Llanzol hacía el papel de una vieja Celestina que, en su juventud, había estado enamorada del ya anciano Don Juan, personaje que a mí me correspondió encarnar.

Nunca he podido explicarme por qué extraña coincidencia la palabra «representación» sirve a las que han sido mis tres ocupaciones favoritas: teatro, pintura y diplomacia. Lo cierto es que, en otro contexto, yo la apliqué también a mis especulaciones juveniles sobre el más allá y el sentido de la vida.

En efecto, influido tal vez por la lectura precoz de los clásicos, veía yo el mundo como un gran escenario ante el que se sienta, eternamente solitario y, tal vez, aburrido, el Gran Espectador. Entre el elenco de la gran farándula, distinguía yo a varios grupos: el de los actores genuinos y el de quienes, por falta de voluntad o por ignorancia, se limitan a recitar mecánicamente el papel que les ha caído en suerte. A veces no es el suyo ni el que mejor les va, pero no les importa y aunque barrunten que otro les pueda ir mejor, no se molestan en buscarlo.

Además de los personajes del coro, entre los que nadie destaca, imaginaba yo también a los que no pasan de ser meros recitadores, los que repiten como autómatas lo que aprendieron así como a los espontáneos, siempre dispuestos a improvisar. A estos nunca los admiré aunque sean ellos, con frecuencia, quienes interpretan los papeles más brillantes y llegan a entusiasmar al público, especialmente cuando les toca hacer de políticos.

¿Sabe alguien, sin embargo, lo que de ellos piensa el Gran Espectador?

Para el joven pensador que yo me sentía, los grandes actores, los verdaderos, los que, al caer el telón, reciben los aplausos del Gran Espectador, no eran los que leen el primer texto que les viene a la mano, sino los que, cuando consideran inapropiado el papel que les

ha tocado en suerte, se empeñan en buscar, hasta que lo encuentran, el que mejor les corresponde.

¡Qué angustia —pensaba yo— la de quien cae en la cuenta de que esa oportunidad le ha llegado demasiado tarde! A veces, trataba de convencerme de que nunca es demasiado tarde y que son sólo nuestro miedo y nuestras limitaciones los que nos lo hacen suponer. Dándole vueltas a estas cosas, acabé por convencerme de que, en la vida de cada uno de nosotros, acaba siempre surgiendo la ocasión en que nos es posible encontrar a nuestro verdadero personaje.

Debió de ser en esos años de farándula universitaria, cuando me vino la idea de que, en la historia del mundo, también hubo un momento en que, como haría cualquier director de escena, el Gran Espectador descendió al escenario para mostrar a los actores la mejor forma de representar el papel del ser humano. Despojándose de su divinidad, se encarnó en un judío palestino nacido bajo el imperio de Augusto y... pasó lo que pasó. Esta idea hizo que, a partir de entonces, me planteara yo en muchas ocasiones la cuestión de mi propio papel en la sociedad.

Pese a lo que acabo de decir, reconozco que hubo veces en que lamenté no haber escuchado la llamada de la política. Acaso ello se debiera tanto a mi genuina vocación por la diplomacia, como al hecho de pertenecer a esa generación perdida que nació demasiado tarde para participar en la guerra civil y demasiado pronto para codearse con los protagonistas de la transición. Una mala excusa, supongo.

Al escribir esto, me viene a la memoria la frase que Lampedusa imagina que dijo el héroe de su *Gatopardo*, exactamente un siglo antes: «Pertenezco a una generación infeliz, a caballo entre los viejos tiempos y los nuevos, que no se encuentra a gusto ni en éstos ni en aquéllos».

A la postre, acabé dedicándome por completo a la vida diplomática en la que, con mucha suerte, fui improvisando día a día mi personaje.

Reconozco también que, en más de una ocasión y todavía antes de terminar la universidad, me acució la duda sobre mi verdadera vocación. La pregunta era siempre la misma: «¿Soy tal y como estaba llamado a ser o debo forjarme un futuro distinto, mío propio?». Al tratar de responderla, vuelvo a recordar mis últimos años en el colegio sevillano de Villasís cuando, influido por las prédicas de los jesuitas, di algunas vueltas a la posibilidad de ingresar en la orden de San Ignacio. A nadie revelé mi secreto y, a quienes me pregun-

taban sobre mi futuro, me limitaba a responderles que, cuando terminara Derecho, intentaría hacerme diplomático. A todos —yo mismo incluido— les resultaba de lo más natural que escogiera esa carrera quien tenía a tanto diplomático en su familia. Al final, es lo que acabé haciendo.

Cada día estoy más convencido de que, salvo en casos muy especiales, siempre es uno mismo el que se fabrica su propio futuro. Conceptos como fatalismo, herencia, entorno, genes o cualquier otro nombre que busquemos, no sirven de excusa pues ocultan una coartada falsa. Yo mismo tampoco podría alegar ninguna puesto que, todavía muy joven, había ya intuido que nuestro primer deber en la sociedad es contribuir a acrecentar el margen de libertad de los demás, entendida la palabra libertad en su más amplio sentido. Evidentemente, yo no sabía entonces expresarlo con esas palabras, pero lo sentía y lo veía muy claro. Por eso, durante mucho tiempo, fui consciente de mi cobardía al no haber tenido el valor de incorporarme a quienes libraban plenamente esa batalla.

Creo que, en mi generación, fuimos muchos los que, dejando de lado la idea de la juventud como oportunidad, escogimos el fatalismo del débil o la pereza del acomodaticio, dos cosas que se parecen mucho a la tentación en la que suelen caer los tímidos. Ése fue mi gran fallo, lo reconozco. Prueba de ello es que, aunque a veces me rebelaba contra la injusticia y mostraba mi repugnancia hacia el triunfalismo de los ineptos, nunca me molesté en buscar seriamente el papel que me podía corresponder en el proyecto común de mejorar las cosas.

También es cierto que, en esos años universitarios, a veces —quizás solamente para acallar la conciencia— intenté aportar mi grano de arena a la tarea de ayudar al prójimo, aunque sin abandonar nunca la cómoda seguridad de mi situación. Fue entonces cuando aprendí a percibir la distinción entre pobreza y miseria —la diferencia está en el olor—, y cuando conocí de cerca la resignación cobarde del depravado o la capacidad de odio de la madre que siente próxima la muerte por hambre de sus hijos. Hubo ocasiones en que, esforzándome por hacer el bien de alguna forma, me acerqué a los vericuetos del vicio y a la tibia ubicuidad de la tuberculosis que, en el barrio sevillano de San Bernardo, cercano a mi casa, se infiltraba, de casa en casa y de corral en corral, del mismo modo que el perfume inaprensible de los jazmines.

No recuerdo tu nombre... Mucho tiempo después, alguien me dijo que te habías casado y que vivías en Barcelona. La primera

vez que te vi, acurrucado en el suelo del túnel de la estación de San Bernardo, eras sólo un bulto inmóvil bajo un trozo de manta, rodeado de charcos, colillas y gargajos. Estabas dormido, a pesar del frío. Te desperté y con la ayuda de don José Álvarez, el párroco, te encontramos un techo y luego un colegio. Nunca hasta entonces —ni acaso después— había yo visto juntas tanta mugre y tanta hambre.

Fue en esos años de Sevilla cuando me aproximé a los nómadas del arroz y de la aceituna —payos o gitanos— que, arrojados de sus chozas por el Guadalquivir, acababan, por orden del gobernador civil, encerrados en el aséptico matadero municipal para que su visión no desluciera la brillantez colorista de la Feria de Abril. Con mi protesta llegué hasta el propio ministro de la Gobernación, Blas Pérez González. Nunca supe si mi gesto tuvo algún resultado, pero, al menos, me quedé con la satisfacción de que don Blas hubo de tragarse cuanto creí oportuno decirle.

Soñé mi primer amor en Sevilla y en abril, lo cual no tendría nada de especial si no fuera porque ella tenía un nombre que empezaba con y griega y una tía monja, autora de estos versos:

«Yo de niña quise ser  
rima de todo cantar.  
Debilidad de mujer.  
Alma, si quieres valer,  
castígate a no soñar».

A lo largo de los años, he recitado a menudo, para mis adentros, este poema, quizás porque sabía que acabaría reconociéndome en él, yo, que, ambicionando ser capaz de casi todo, acabé no sabiendo hacer bien casi nada.

En resumen, terminé la universidad en Sevilla dedicando mi tiempo a tareas tan dispares como enderezar entuertos, ensayar la siguiente obra de teatro o coquetear con las niñas sevillanas que, los fines de semana, se dejaban admirar por el Paseo de la Palmera. Escuchaba todas las voces, devolvía todas las miradas y me dejaba hechizar por todos los aromas. Distráido por tantas cosas, vivía convencido de que buscaba seriamente el rayo de mi estrella cuando, en realidad, lo que hacía era caer, día tras día, en la tentación de ser rima de todos los cantares.

Tan pronto como obtuve mi licenciatura en Derecho, me trasladé a Madrid para preparar las oposiciones. Tardé dos años en ser

admitido en la Escuela Diplomática en la que mi promoción sólo permaneció año y medio pues, según se nos dijo, el Ministerio, falto de personal, nos necesitaba.

A lo largo de estas páginas, me propongo averiguar si mi imagen de hoy tiene algo en común con la que yo imaginaba que podría llegar a mostrar cuando dejaba volar mis sueños adolescentes y me perdía, siempre alerta los sentidos, entre los jazmines y las cloacas. Dejaré aquí constancia de cosas que me han ocurrido o se me han ocurrido. Descubrir por qué he escogido unas y no otras, o por qué, en un momento dado, he reaccionado de ésta o de aquella manera, acaso ayude a encontrar la respuesta. Puede que el esfuerzo valga la pena, pero... ¿cómo saberlo?